

nuestra causa se encuentra entre los soldados que defienden al virey, y entonces podré estrecharlo entre mis brazos y acaso persuadirlo á unirse con nosotros.

Y el jóven recalca la pronunciacion, sobre la palabra *nosotros*; con una sonrisita de orgullo y satisfaccion muy disculpable á su edad, por la prueba de confianza con que se veia honrado.

Pero mucho debió amedrentar á los habitantes de Celaya la intimacion del cura Hidalgo, porque al momento depusieron su aspecto hostil y la ciudad fué ocupada en buen órden por las tropas Americanas.

## CAPITULO XI.

### *Lo que valia la cabeza del cura Hidalgo.*

Un rayo fué para el virey Venegas la noticia de la insurreccion de Hidalgo. Conoció desde luego que aquel grito de libertad, lanzado desde el rincón de un pueblo miserable, por un modesto párroco, habia encontrado un eco de música en todos los corazones de los buenos mexicanos. Hombre previsor y acostumbrado á conocer á primera vista las grandes catástrofes políticas por solo sus anuncios, comprendió que estaba perdido completamente, porque la debilidad ó la crueldad de sus predecesores en el vireynato habian preparado aquellos sucesos, que tarde ó temprano debian ser coronados del éxito deseado. Pero si Venegas valia poco como general, no sucedia lo mismo como hombre políti-

co. Contaba por otra parte en su apoyo, con la costumbre de la dominacion, y los lazos de familia que unian con dulces vinculos á una gran parte de españoles y americanos, con el influjo del clero y las clase privelegiadas y en fin con el mismo sublime atrevimiento de aquella empresa gigantesca de Hidalgo.

De manera, que comprendiendo que la actividad podria tal vez conjurar aquella terrible tempestad que rugia sordamente en lontananza, amenazando destruirlo todo en su justo enojo tanto tiempo comprimido, determinó, luchar hasta el último momento no perdonando medio de ninguna clase para conseguir su fin.

Así es que el dia 25 de Setiembre, mientras el ejército insurgente se dirigia sobre la ciudad de Guanajuato, hacia proclamar á son de música y fijar en todas las esquinas de la capital de la Nueva-España, el siguiente bando que los vecinos aterrizados leian con júbilo interior.

(1) “Don Francisco Javier Venegas de Saavedra, Rodriguez de Arenzana, Güemez, Mora, Pacheco, Daza y Maldonado. Caballero de la Orden de Calatrava, teniente general de los reales ejércitos, virey, gobernador y capitan general de esta Nueva-España &c.”

“Los inauditos y escandalosos atentados que han cometido y continúan cometiendo, el cura de los Dolores Dr. Don Miguel Hidalgo y los capitanes del regimiento de dragones provinciales de la rei-

(1) Todos estos documentos y los que siguen, son originales y los hemos tomado fielmente del “Diario de México”, que tenemos á la vista.

na, Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, que despues de haber reducido á los incautos vecinos de dicho pueblo, los han llevado tumultuariamente y en forma de asonada primero á la villa de San Miguel el Grande y sucesivamente á la villa de Chamacuero, á la ciudad de Celaya y al valle de Salamanca, haciendo en todos estos parages la mas infame ostentacion de su inmoralidad y perversas costumbres, robando y saqueando las casas de los vecinos mas honrados para saciar su vil codicia y profanando con iguales insultos los claustros religiosos y los lugares mas sagrados: me han puesto en la necesidad de tomar prontas, eficaces y oportunas providencias, para contenerlos y corregirlos y de enviar tropas escogidas al cargo de gefes y oficiales de muy acreditado valor, pericia militar, fidelidad y patriotismo, que sabrán arrostrarlos y destruirlos con todos sus secuaces, si se atreven á esperarlos y no toman antes el único recurso que les queda, de una fuga precipitada para librarse del brazo terrible de la justicia, que habra de descargar sobre ellos, toda la severidad y rigor de las leyes como corresponde á la enormidad de sus delitos, no solo para imponerles el castigo que merecen como alborotadores de la quietud pública sino tambien para vindicar á los fidelisimos españoles y americanos de este afortunado reino, cuya reputacion, honor y lealtad inmaculada han intentado manchar osadamente, queriendo aparecer una causa comun contra sus amados hermanos europeos y llegando hasta el sacrilego medio de valerse de la sacrosanta imágen de la Virgen de Guadalupe, patrona y protectora de este reino, para deslumbrar á los incautos, con esta aparicion

de religion, que no es otra cosa que la hipocresía impudente.

Y como puede suceder que arredrados de sus crímenes y espantados con solo la noticia de las tropas enviadas para perseguirlos, se divaguen por otras poblaciones, haciendo iguales pillages y atentando contra la vida de sus mismos paisanos como lo hicieron en el citado pueblo dando inhumanamente la muerte á dos americanos y mutilando en San Miguel el Grande á otro, porque fieles á sus deberes, no quisieron seguir su faccion perversa; he tenido por oportuno que se comuniquen este aviso á todas las ciudades, villas, pueblos, reducciones, haciendas y rancherías de este reino, para que todos se preparen contra la sorpresa de esos bandidos tumultuarios y se dispongan á rechazarlos por la fuerza procurando su aprehension en cualquier parage donde pueda conseguirse, en el concepto de que á los que verificaren la de los tres principales cabecillas de la faccion, ó les dieren la muerte que tan justamente merecen por sus horrorosos delitos, se les gratificará con la cantidad de diez mil pesos inmediatamente y se les distinguirá con los demas premios y distinciones debidas á los restauradores del sosiego público y en inteligencia de que se dará tambien igual premio y recompensas con el indulto de su complicidad á cualquiera que desgraciadamente los haya seguido en su partido faccionario y arrepentido loablemente los entregare vivos ó muertos.

Y para que llegue á noticia de todos mando, que publicado por bando en esta capital, se circulen con toda prontitud y con los mismos fines los correspondientes ejemplares á los tribunales, magis-

trados, gefes y ministros, á quienes toque su promulgacion, intelgencia y cumplimiento.

Dado en el Real Palacio de México á 27 de Setiembre de 1810.—*Francisco Javier Venegas*.—Por mandado de S. E.—*José Ignacio Negreiros y Soria*.”

Como se ve, Venegas era demasiado astuto y despues de haber pintado con los colores mas negros á Hidalgo y á los suyos, echándoles en cara el haber dado muerte á dos americanos, número considerable en una guerra que comenzaba y que se podia considerar como de castas, procuraba aterrorizarlos, haciéndoles cuenta de las numerosas tropas que habia enviado en efecto á batirlos.

Escitaba ademas la codicia y estimulaba la traicion, ofreciendo una suma considerable por sus cabezas; con su misma política sagaz y previsorá, hacia aparecer aquel levantamiento como un ataque igualmente terrible á la vida y bienes de españoles y mexicanos y no como una causa que trataba de hacer independientes de los primeros á los segundos.

Pero esta vez la sagacidad de Venegas se habia estrellado contra la justicia de una causa tan noble; porque si bien los mexicanos temian los horrosos estragos de una guerra, no por eso dejaban en el fondo de su corazon y en el silencio de la noche, cuando no podian temer que sus pensamientos se revelasen en su rostro, ó se tradujesen por una palabra de la que inmediatamente se apoderaria el viento de la calumnia y del espionaje que se habia establecido, para llevarla á los oidos

del virey ó de la Inquisicion, de adherirse á una causa que era la suya necesariamente.

Mientras esto pasaba en la capital de la Nueva España, otros acontecimientos tenian lugar en la ciudad de Guanajuato.

Sabedor el intendente de la provincia, Riaño, de que el ejército insurgente, avanzaba y se dirigia sobre la ciudad, hizo publicar un bando, á fin de hacer saber al pueblo lo que pasaba y escitarle á que contribuyese á la defensa de la ciudad, ayudando á trabajar en las fortificaciones que á toda prisa se iban á construir.

El pueblo supo con indiferencia y aun con alegría lo que habia pasado pocas noches antes en el pueblo de Dolores, y tal vez desde ese momento se preparó para hacer lo contrario de lo que el intendente ordenaba.

Era el intendente Riaño, uno de esos hombres grandes verdaderamente, que no comprenden ni admiten mas nobleza que la del corazon y la honradez, uno de esos hombres que se dejarian hacer pedazos por sostener un punto de honor, intransigibles con el vicio, fiel á sus principios, humano y tolerante con los criminales á pesar de su acendrada virtud y su caracter severo.

El mundo levanta estátuas ó conserva los nombres de los hombres de genio, aunque les haya de jado morir en la desgracia; pero á menudo se olvida de esos hombres ejemplares, que por su honradez y sus virtudes sociales bien merecian ambas cosas.

Riaño, antiguo amigo de Hidalgo, republicano por instintos, puesto que aborrecia la tiranía y despreciaba las ridiculas pretensiones de la aristocra-

cia de oropel de esa época; no pudo menos de regocijarse interiormente de la proclamacion de la mas justa de las causas; pero como magistrado integro y caballero á toda prueba, le correspondia sostener á un gobierno cuyo pan habia comido, por mas que este gobierno fuese tiránico, así es que se apresuró á reunir el cabildo y las autoridades eclesiásticas, que en aquella época, intervenian sin responderles en todos los negocios de la política, para participarles la resolucion que habia tomado de fortificar la ciudad lo mejor posible á fin de resistir mejor en ella á los asaltos y dirigir en persona la defensa, pues no habia ya otro recurso que tomar, en atencion á la premura del tiempo, mientras llegaban los recursos que habia solicitado ya del virey y del comandante de San Luis Potosí, D. Félix María Calleja.

Pero las personas que lo escuchaban, la mayor parte hombres acaudalados, atendiendo mas á su interés personal que al público, espusieron á Riaño á nombre de éste que debia procurar ante todo poner en salvo sus personas y sus bienes para lo cual les debia encerrar en un edificio vasto, como la Alhóndiga de Granaditas y defenderlos hasta el último momento.

Este proyecto absurdo, dictado solo por la conveniencia y la codicia, vino á hacer patente, á Riaño que estaba perdido; pero tal vez se alegró interiormente, de ver castigados por su misma necia ambicion á aquellos á quienes habia querido defender á su pesar. Así es que despues de hacer justas objeciones á tan estravagante peticion, tuvo que acceder á ella, para no hacer creer lo contrario de lo que con nobleza ejecutaba, ordenó que las bar-

ras de plata, el azogue de las minas, todos los víveres, armas y hombres que se pudieran reunir, fueran trasladados al sitio que se le habia designado.

El viérnes 28, á las doce del dia se presentaron en la calle de Belen unos hombres que traian una bandera blanca. Eran el coronel del ejército de Hidalgo Don Mariano Abasolo, el teniente coronel Don Ignacio Camargo, y un jóven alto, delgado, que representaba tener veinte años á lo mas, llevando sobre su traje de paisano las insignias de capitán: acompañábales dos dragones del regimiento de la reina. Pidieron ser llevados á la presencia del intendente, y luego que ante ella se hallaron, entregáronle un papel que de parte de Hidalgo traian. Leyólo el intendente con notable emocion. Era una intimacion que el cura de Dolores le hacia, para que depusiese las armas y entrase en arreglos pacíficos, á fin de evitar el derramamiento de sangre que inevitablemente tendria lugar si persistia en defender la injusta causa de la dominacion europea.

—Digan vdes. á mi caro amigo el cura Hidalgo, dijo el intendente muy pálido, guardando el papel que los oficiales le acababan de entregar; que no necesito ni pensar ni vacilar en la respuesta, porque mi resolucion es vencer ó perecer, aunque esta ciudad sea convertida en escombros.

Y saludándoles cortesmente, se volvió de espaldas para dictar sus últimas disposiciones de defensa. Los oficiales insurgentes no pudieron menos de inclinarse ante un valor y una firmeza tan notables, en medio de una muerte casi segura.

El mas jóven abrió tamaños ojos de sorpresa, murmurando.

—¡Diablo! tiene el señor intendente en este momento mas energia que yo cuando fui á proponer á los soldados insurreccionarse en el pueblo de Dolores hace pocas noches.

Y se retiraron silenciosos y preocupados.

La Alhóndiga de Granaditas, aunque el único por su estension, era el peor punto por su posicion, que se podia haber escogido para una defensa. Dominada por los cerros del *Cuarto* y del *Venado*, situada en medio de la hacienda de Dolores, y de la calzada de las *Carreras*, defendida por una corta fuerza que veia con terror el populacho, sentado tranquilamente en las calles y azoteas, sin ofrecer su auxilio ú ofreciéndole por fuerza, y como esperando la llegada del ejército asaltante para unirse á él y aprovecharse de su victoria con el saqueo; no debia de resistir mucho tiempo.

Sin embargo el intendente Riaño, recorria todas las fortificaciones exhortando y animando á los soldados á la defensa, conduciendo él mismo armas y víveres á donde se necesitaban, vigilando los últimos trabajos que se ejecutaban y dando él mismo con su serenidad ejemplo á su tropa, compuesta la mayor parte de españoles particulares acaudalados de la ciudad, que comprendiendo que corrian el peligro de perder su vida, trataban de venderla lo mas caro posible y resistir hasta el último momento.

A las dos de la tarde, una turba de quince mil hombres que componia poco mas ó menos el ejército de Hidalgo, armada de palos, hondas, flechas,

espadas y algunos fusiles, se precipitó como una avalancha desde las alturas de los cerros del Cuarto y del Venado, sobre la hacienda de Dolores y la Alhóndiga que semejando un monstruo gigantesco que vomitaba llamas y plomo por su boca ojos y narices, hacia estragos horrorosos sobre aquella masa indisciplinada que ó no comprendia el peligro ó lo despreciaba osadamente: La necesidad hizo inventar á los sitiados un nuevo género de proyectil, los tubos de fierro que contienen el azogue, fueron por medio de la pólvora, convertidos en una especie de rayo, que despedazaba montones de asaltantes.

¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los españoles! gritaban unos precipitandose frenéticos sobre aquella fortaleza que parecia contener hombres de fierro.

—¡Viva España! ¡Muerte á los traidores! ahulla ban otros, defendiéndose con el aliento terrible de la desesperacion.

Y aquellos hombres delirantes por la cólera, embriagados por el olor de la sangre y de la pólvora, irritados al ver morir á su hermanos, se amenazaban convirtiéndose de hombres en gigantes, profiriendo gritos de odio, de impotencia, de resentimiento, al no poder juntarse para combair cuerpo á cuerpo, para golpearse con los puños, para morderse á la cara y beber la sangre caliente de sus contrarios, despues de haberles matado. Dos sentimientos profundos movian á aquellos hombres á una lucha tan espantosa; en unos el instinto de la propia conservacion y el resentimiento del orgullo ofendido y el amor á su patria, en los otros, la venganza de afrentas de tres siglos, la codicia de poseer los inmensos caudales que dentro aquella for-

taleza suponían naturalmente encerrados y el deseo de su Independencia.

Las piedras que el populacho que como es de suponerse se habia unido á los soldados de Hidalgo, arrojaba, formaban una verdadera nube encima de las cabezas de los combatientes é iban á estrellarse con una fuerza terrible contra las puertas y ventanas de aquel impasible edificio, causando no pocos estragos en sus serenos defensores.

Un jóven, ginete en un caballo de color claro, que lo esponia como blanco á los tiros de los sitiados; el mismo que acompañaba hace poco á Abasolo, conduciendo la intimacion de Hidalgo y á quién nuestros lectores habrán conocido probablemente, por ser Gil Gomez, corria de un lugar á otro, esponiéndose á mil peligros en un solo minuto, para llevar las órdenes que dictaba Hidalgo tranquilamente en medio de un grupo formado por algunos gefes y poniéndose él mismo á la cabeza de las columnas para dirigir las, ganando terreno á cada instante, hasta encontrarse al pié de la fortaleza.

Pero las horas pasaban, la mortandad en las filas de los insurgentes era horrorosa y era preciso tomar un partido: penetrar en aquella impasible fortaleza y diezmar á sus heróicos defensores, que parecian resueltos á morir entre sus escombros antes que rendirse; hombres de fierro, en quienes la muerte no hacia mella, puesto que mientras mas disminuía su número, mas aumentaba su resistencia.

Pero era una empresa tan difícil, la de salvar el pequeño foso que se encontraba delante de la puerta para llegar á ella, que muchos que ya lo habian intentado, habian caido despedazados en mil fragmentos al dar el primer paso, por el número in-

contable de proyectiles que vomitaba aquel monstruo de piedra, formaba y un círculo terrible que impedía acercársele.

Sin embargo, un hombre resuelto podia brincar el foso y llegar á la puerta, con una probabilidad de escapar de uno contra noventa y nueve: los demás seguirian su ejemplo y todo estaba concluido: ¿pero dónde hallar un hombre tan deseoso de morir?

Hidalgo recorrió con la vista las diferentes columnas que componian su ejército y vió á Gil Gomez sobre su caballo claro, corriendo en todas direcciones para alentar á los asaltantes á avanzar, un pensamiento cruzó por su imaginacion é iba á hacerle venir; pero en el poco tiempo que aquel jóven militaba bajo sus órdenes, habia despertado en el corazon del anciano un cariño verdaderamente paternal y temió esponerle á una muerte casi cierta.

Volvió á lanzar sus penetrantes miradas á través de la nube de humo, piedras y hombres, y las de tuvo un momento en un lugar.

Parecia haber encontrado lo que buscaba, porque una sonrisa de melancólica satisfaccion erró por sus lábios.

En uno de los puntos mas desamparados y mas espuestos á los fuegos del bastion, habia un hombre de estatura elevada y hercúleas formas, que con su ejemplo, su estentórea voz y sus movimientos atraía detras de sí á un grupo de insurgentes, y avanzaba seguido de ellos ganando mas y mas terreno.

Hidalgo se acercó y le dijo:

—Pipila.

—Mande su merced, señor cura, respondió el de-

signado por este nombre, quitándose respetuosamente su viejo sombrero de paja.

—La patria necesita de tu valor.

—¿Qué es necesario hacer para servirla?

—¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhondiga? interrogó el anciano, viendole fijamente á la cara, para medir el grado de espanto, que semejante proposición debía causarle.

—Eso y mucho mas si su merced quiere, respondió el hercúleo insurgente sin inmutarse y sin vacilar á la vista de un peligro tan inminente.

—Pues ahora mismo, ¿qué es lo que necesitas?

—Solamente una tea, y esta losa, respondió el imperturbable paisano, inclinándose á levantar del suelo una gran losa de esas que tanto abundan en Guanajuato, para cubrir su cuerpo.

—Pues vé, Pipila que la patria te espera, dijo Hidalgo para alentarle.

Y entonces el insurgente, cubriendo su cuerpo con la losa que sostenia con su mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una tea encendida se deslizó á gatas, hasta el punto terrible de cuyos limites nadie habia podido pasar.

Fué tan profunda la sorpresa de los asaltantes, que hubo uno momento casi de silencio completo, en que se suspendió el fuego para ver el resultado de aquella maniobra atrevida.

Pero una Providencia pareció proteger al atrevido insurgente, pues pasó sano y salvo en medio de los proyectiles que le arrojaban: ya llegaba á la puerta cuando un enorme pedruzco, desprendido por varios hombres desde la altura cayó sobre él; un grito unánime de los que contemplaban fué la plegaria mas elocuente que pudo llegar á los oídos

de Pipila, que habia sido apachurrado como un insecto bajo el pié; pero al cabo de dos segundos se levantó, dando un brinco y saludando á sus compañeros, como lo hacen los toreros que despues de haberse hallado entre los cuernos del toro, han tenido la fortuna de escapar de ellos vivos.

El peso del pedruzco habia dado con él en tierra en efecto; pero habiendo deslizado á lo largo de la loza con que cubria su cuerpo, no le habia causado ningun daño. Entonces protegido, por las mismas muralias de la Alhondiga, se acercó á la puerta y con una calma digna del hombre que hasta allí acababa de llegar, aplicó la tea á ella, hasta que la madera algo vestusta comenzó á incendiarse.

Un jóven salvó de un brinco en su caballo la pequeña distancia que mediaba entre la puerta y los asaltantes, gritando. ¡Viva Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la América!

La multitud se precipitó detrás de Gil Gomez, ahullando verdaderamente los gritos que acababa de proferir.

La puerta medio incendiada, cedió á los esfuerzos de los asaltantes, dándoles paso al interior de la fortaleza.

Lo que entonces pasó es imposible de describir.

Durante dos horas mortales, no se oyeron mas que gritos de furor, ahullidos de desesperacion, gemidos de dolor, choques de espadas, tiros, golpes sordos acompañados de un segundo ruido semejante al de un cuerpo humano al caer, imprecaciones de rabia.

Hidalgo quiso hacer oír su voz para contener aquella matanza; pero su acento se perdió entre el

estruendo de los enfurecidos combatientes y recorría delirante los salones para descubrir al intendente y salvarlo haciendo cuantos esfuerzos le fueren posibles.

Pero aquellos hombres de ambas partes se habían encarnizado y era preciso matar ó morir: así es que ni la autoridad del anciano fué respetada.

Corrió detrás de un grupo que se dirigía á una pieza situada al extremo de una galería: un centinela que la custodiaba cayó muerto de un balazo. Entonces un hombre que por su porte y su traje revelaba no pertenecer á la clase del soldado que acababa de morir, se apoderó de su fusil y se plantó sereno en el sitio que había dejado vacío, esperando con sublime valor á los que se acercaban.

Varios tiros salen de los que se acercan, uno penetra en la cabeza del noble intendente Riaño, cuyo cuarto de centinela había durado solo dos segundos.

Un grito de horror y sentimiento lanzó el desdichado anciano, testigo de la muerte de su mejor amigo.

Al anoecer la Alhóndiga de Granaditas, presentaba un aspecto espantador y terrible; cerca de mil cadáveres de ambas partes se hallaban esparcidos en los diversos salones y galerías, sus rostros pintaban aún los últimos sentimientos que les habían agitado al morir; algunos presentaban las facciones crispadas por el furor, la sonrisa de la venganza satisfecha se dibujaba en los lábios de otros; muchos rostros representaban un aire de súplica que de nada había valido, no pocos la desesperación de morir cuando aun la vida les era tan querida.

Pedazos de armas de todas clases, puñales clavados en el pecho de las víctimas, vestidos desgarrados, hombres horriblemente mutilados, pidiendo socorro por un último aliento de vida, ó guardando silencio por un último aliento de terror y de instintos de conservación; combatientes todavía enlazados, que se habían muerto mutuamente, frascos de azogue, algunas barras de plata, he aquí el estado que indicaba el terrible paso de las pasiones fermentadas del hombre.

La ciudad de Guanajuato, presentaba un aspecto no menos espantoso; en lontananza se oían algunos tiros que indicaban que la matanza aun no había cesado, gritos de furor y gemidos de súplica: segunda parte en fin de las escenas de la tarde, á pesar de los esfuerzos y vigilancia de un jóven que corría sin temor por todas las calles tratando de acuartelar á los soldados, ébrios por el vino y el triunfo que acababan de conseguir.

Era Gil Gomez.

## CAPITULO XII.

*Doña Regina de San Victor.*

Dejemos á Hidalgo marchar sobre Valladolid, despues de haber permanecido algunos dias en Guanajuato, y trasladémonos á una casa de la suntuosa y sombría calle de las Capuchinas en México.

Serian las cuatro de la tarde cuando un magnífico carruaje, que hacia consistir todo su lujo, en